



CENTRO DE ESTUDIOS HEMISFERICOS Y SOBRE ESTADOS UNIDOS
Universidad de La Habana
Calle 33 no.1421 entre 14 y 18, Miramar, Playa. CP 11300
☎ 203-8541, 203-5807. FAX (537) 2046864

Condiciones socioeconómicas de los mexicanos en Estados Unidos: desventajas y retos¹

MsC. Katia Cobarrubias Hernández

Introducción

La emigración mexicana a Estados Unidos es un proceso que, a partir de sus profundas raíces histórica, ya ha adquirido una dinámica propia. Esta dinámica se ha reforzado y ha adquirido nuevos matices a partir de las políticas de integración transnacional promovidas por el gobierno norteamericano bajo el amparo del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). La gran mayoría de los mexicanos que en número creciente cruzan la frontera, encuentran sin embargo, un cúmulo significativo de obstáculos en el sinuoso camino hacia el logro del “sueño americano”.

En este trabajo se intenta argumentar que los mexicanos enfrentan condiciones socioeconómicas desventajosas en Estados Unidos, como resultado del contexto imperante en el ámbito binacional debido a las políticas económicas neoliberales que han acompañado al proceso de globalización de la economía mundial. O sea, que las causas de su integración subordinada e incompleta en la sociedad receptora, sólo se vislumbran con el análisis de dos conjuntos de factores: aquellos que se relacionan con las condiciones específicas de México que los motiva a emigrar a cualquier costo, sin autorización y contando con una baja calificación, y aquellos relacionados con la degradación general de las condiciones socioeconómicas que ha sufrido la sociedad norteamericana.

I- México- Estados Unidos: integración y exportación de fuerza de trabajo

Los diferentes ritmos de desarrollo que siguieron las economías de México y Estados Unidos contribuyeron a que, desde sus inicios, la integración entre ellas se realizara sobre bases desiguales. Asimismo, la influencia estadounidense en la economía mexicana ha tenido un carácter permanente y creciente, a través de la apropiación directa de recursos, de la inversión directa, la concesión de préstamos y de la imposición de acuerdos favorables a sus intereses expansionistas. La desigualdad en el desarrollo, por un lado, y la integración subordinada de la economía mexicana a la estadounidense, por otro, han conformado una situación que ha estimulado la emigración de la fuerza de trabajo mexicana en función de satisfacer la estructura económica de Estados Unidos.

¹ Una versión preliminar de este artículo fue publicada en *Temas de Economía Mundial*, Nueva Época II, Edición Especial, Enero 2009, La Habana, Cuba, ISSN 1997-4183.

Con los cambios en el patrón de acumulación del sistema capitalista mundial desde fines de los sesenta, se impuso la necesidad de modificar las políticas económicas keynesianas. Muchos países subdesarrollados, compulsados por presiones de organismos internacionales y por las clases dominantes internas implementaron con especial celeridad las políticas neoliberales. En el caso de México, la apertura y la desregulación marcaron la estrategia de inserción internacional, a partir de la crisis de la deuda externa en 1982, profundizando la relación de dependencia de la economía mexicana con respecto a la estadounidense.

Se conformó así un nuevo patrón de acumulación que implicó la pérdida de autonomía para utilizar la política económica de forma anticíclica, la imposibilidad de utilizar instrumentos fiscales e institucionales para promover el desarrollo interno (Novelo, 2004), así como el rompimiento de cadenas productivas internas y la insuficiente creación de empleos formales de calidad. Como consecuencia, se observó un crecimiento del desempleo y el subempleo, y un mayor dinamismo del movimiento de personas hacia el sector informal o hacia Estados Unidos (Delgado et al, 2007).

Ya a inicios de los noventa, las relaciones de dependencia y subordinación entre México y Estados Unidos, requerían de un marco jurídico que conformara un espacio económico que se adaptara a las nuevas condiciones de la economía mundial. El Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), le permitiría a Estados Unidos enfrentar la aguda competencia internacional, al garantizarle a sus empresas transnacionales nuevos espacios para la colocación de sus capitales y sus mercancías y mejores condiciones para su reproducción. También consistía en una alternativa al escaso avance en las negociaciones comerciales multilaterales.

Las autoridades mexicanas acogieron con satisfacción el Tratado pretendiendo con ello garantizar que los productos mexicanos accedieran al gran mercado norteamericano, atraer mayores flujos de capital, estimulados por el tamaño del nuevo espacio económico, acceder a nuevas tecnologías y crear empleos. Pero, como ha demostrado el tiempo transcurrido desde su entrada en vigor, con el TLCAN, se consolidó definitivamente la deformación estructural de la economía mexicana y se elevó su dependencia de la capacidad de arrastre de la economía norteamericana.

A raíz del TLCAN se conjugaron con más énfasis elementos como: un crecimiento bajo e inestable del PIB, una notable heterogeneidad de la estructura productiva y del desarrollo regional, una profunda crisis del sector agrícola, entre otros que han mantenido a la economía mexicana alejada de lo que sería una senda de crecimiento suficientemente alto y sostenible. La dinámica de la economía nacional ha sido insuficiente para absorber el excedente de fuerza de trabajo, enraizando el desempleo y el subempleo, a la vez que se ha profundizado la incapacidad del Estado para resolver los problemas sociales. En definitiva, el modelo no ha podido satisfacer las demandas domésticas, con lo que durante el período del TLCAN el crecimiento exponencial de la emigración mexicana hacia Estados Unidos, se ha constituido en válvula de escape de las tensiones generadas por la compleja situación interna.

Sin embargo, este proceso no es sólo el resultado de la desigualdad y las difíciles condiciones socioeconómicas de México. La integración con el TLCAN también

profundizó la desigualdad entre los niveles de desarrollo de México y Estados Unidos. Según el Banco Mundial, el PIB per cápita de Estados Unidos en 1980 era 6,39 veces superior al mexicano, pero en el 2002, la diferencia era de 8,57 veces². Como reflejo de esto, se ha ampliado también la brecha salarial entre ambos, provocando una mayor presión migratoria.

Por otra parte, es aceptado que la emigración se configura también a partir de las necesidades y demandas de la economía receptora (Portes, 1981). A partir del TLCAN la emigración también crece drásticamente porque la fuerza de trabajo mexicana pasa a cumplir un rol cada vez más vital en el proceso de reestructuración de la economía estadounidense, proceso que se había iniciado ya desde los setenta. Así, la fortaleza y persistencia de la demanda de fuerza de trabajo mexicana en la economía “post-industrial” norteamericana es una de las características más destacadas del fenómeno migratorio contemporáneo (Cornelius et al, 1989).

Se puede plantear entonces que, si bien el TLCAN apuntaló la estrategia de búsqueda de eficiencia de las empresas transnacionales estadounidenses, al favorecer aún más las condiciones para el establecimiento de maquilas en México, también favoreció una mayor eficiencia de determinadas industrias enclavadas en territorio norteamericano. El TLCAN ha constituido un elemento clave en la acentuación de la deformación estructural de la economía mexicana y, con ello, las firmas norteamericanas sometidas a la reestructuración comenzaron a recibir oportunamente una cantidad exponencialmente mayor de fuerza de trabajo mexicana, ávida por encontrar los medios para su subsistencia.

La rápida expansión que ha experimentado el sector de los servicios en Estados Unidos, constituye otro elemento significativo al analizar la demanda de trabajadores mexicanos en esa economía. Así, se ha multiplicado la demanda de estos servicios por profesionales y trabajadores calificados, que enfrentan las exigencias de un mercado laboral más inestable e inseguro, con más horas de trabajo. Estos empleos en el mantenimiento de edificios, la limpieza doméstica, el cuidado de ancianos, los establecimientos de comida rápida, entre otros, no son atractivos para los nativos, pero sí resulta un nicho ocupado preferentemente por inmigrantes vulnerables como los mexicanos.

Adicionalmente, el perfil demográfico estadounidense está sujeto a transformaciones a partir de la disminución de las tasas de fertilidad de la población y el envejecimiento poblacional. Asimismo, la población nativa mantiene la tendencia a elevar su nivel de educación. Se estima que entre 2002 y 2012, la economía estadounidense crearía alrededor de 56 millones de empleos, la mitad de los cuales serían empleos que no exigen un nivel de preparación superior al *high school* y que por tanto no serían atractivos para los nativos. Todos esos factores combinados ocasionarían una escasez de mano de obra poco calificada, la cual, de continuar las actuales tendencias, sería suplida oportunamente por la migración mexicana (Jacoby, 2006).

En definitiva, la presencia de trabajadores mexicanos en Estados Unidos es un ejemplo fehaciente de que las migraciones internacionales, no son sólo una respuesta individual a

² Tomado de <http://devdata.worldbank.org/dataonline>

las críticas condiciones imperantes en el país de origen, sino que se configuran a partir de circunstancias históricas y macro-estructurales (Hondagneu-Sotelo et al, 1997). La deformación y dependencia del capitalismo mexicano, configuradas tanto por los intereses del gran capital nacional, como por la política exterior del gobierno norteamericano y las estrategias del capital privado estadounidense, han provocado una afluencia continua y creciente de emigrantes caracterizados por su vulnerabilidad. En la economía receptora, estos emigrantes están destinados a ocupar nichos laborales precarios, enfrentándose a una estructura limitada de oportunidades.

II- Condiciones socioeconómicas de los mexicanos en Estados Unidos

Mexicanos inmigrantes: empleo, ingresos y pobreza

Una de las principales motivaciones del mexicano que emigra a Estados Unidos es encontrar un empleo y obtener ingresos que le permitan su sustento y el de su familia en Estados Unidos y en México. De esta forma, el empleo constituye una de las variables más útiles si se trata de caracterizar las condiciones socioeconómicas de los mexicanos en Estados Unidos. Según una encuesta realizada por *Pew Hispanic Center*, la mayoría de los inmigrantes mexicanos tienen una elevada probabilidad de estar desempleados en los primeros seis meses después de llegar a Estados Unidos. Sin embargo, luego tienen poca dificultad para encontrar empleo, a pesar de sus bajos niveles de educación, su escaso conocimiento del idioma inglés y su situación legal (Kochhar, 2005).

Si bien este comportamiento tiene mucho que ver con la ayuda de la familia y las redes sociales, también se corresponde con la alta demanda de este tipo de trabajadores en determinados segmentos del mercado laboral norteamericano. La elevada participación de los hombres mexicanos en la fuerza laboral civil refleja este hecho: en el 2006, el 85,7% de ellos formaba parte de la fuerza laboral. Esta cifra superaba la de otros inmigrantes, que era de 79,3% (Batalova, 2008).

En correspondencia con el hecho de que los inmigrantes mexicanos ocupan nichos bien definidos en el mercado laboral norteamericano, se observa entre ellos una alta concentración ocupacional (Tabla 1). En el 2006, cerca del 81% de los hombres inmigrantes mexicanos trabajaba en sólo tres ocupaciones: construcción, extracción y transportación (40,2%), los servicios (21,6%) y la industria, extracción y reparación (19%). Entre las mujeres también se observa un comportamiento similar, pues cerca del 54% se empleaba en sólo dos sectores: los servicios (37,2%) e industria, extracción y reparación (16,6%) (Batalova, 2008).

Sin embargo, la proporción de hombres extranjeros que labora en la construcción, extracción y transportación, los servicios y la industria, extracción y reparación asciende al 58,7%, mientras que el 34,4% de las mujeres se emplea en los servicios y la industria (Tabla 1). Estas cifras para ambos sexos son considerablemente inferiores a las de los inmigrantes mexicanos, lo que demuestra nuevamente que la migración mexicana cumple una función particular en la sociedad estadounidense.

Tabla 1. Distribución ocupacional de empleados en la fuerza laboral civil, 2006

	Población mexicana		Población extranjera total	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Administración, negocios, finanzas	3.5	3.7	10.2	9.8
Tecnologías de la información	0.3	0.2	3.9	1.9
Otras ciencias e ingenierías	0.6	0.4	4.1	2.3
Servicios sociales y legales	0.4	1.0	1.0	1.9
Educación/ entrenamiento y medios/entretenimiento	0.8	3.8	3.3	6.9
Médicos	0.1	0.1	1.3	1.0
Enfermeros registrados	0.0	0.5	0.3	3.3
Otros profesionales de las asistencia médica	0.1	0.9	0.9	3.0
Apoyo a la asistencia sanitaria	0.2	2.8	0.6	5.2
Servicios	21.6	37.2	16.9	25.0
Ventas	3.8	10.2	7.8	10.9
Apoyo administrativo	3.6	11.8	5.5	15.1
Agricultura, pesca y silvicultura	5.9	4.0	2.5	1.1
Construcción, extracción y transportación	40.2	6.9	26.8	3.4
Industria, extracción y reparación	19.0	16.6	15.0	9.4
Total	100	100	100	100

Fuente: Batalova, 2008.

La agricultura es un sector en el que los mexicanos han jugado tradicionalmente un rol fundamental en Estados Unidos. En el 2006, 3 de cada 9 trabajadores agrícolas en Estados Unidos eran mexicanos. Sin embargo, más representativo resulta el hecho de que también eran mexicanos el 88% de todos los extranjeros que laboraban en este sector³. Esto ocurre a pesar de que cada vez son menos los inmigrantes que proceden del sector agrícola mexicano y de que los que han llegado más recientemente encuentran trabajo preferentemente en otras industrias.

Al mismo tiempo, como se observa en la Tabla 1, los hombres y mujeres mexicanos tienen menos probabilidades que otros grupos de inmigrantes de estar empleados en ocupaciones de mayor calificación como la administración, negocios y finanzas, las tecnologías de la información, ciencias e ingenierías. La sobre representación que registran los mexicanos en determinadas ocupaciones está estrechamente relacionada con su nivel de educación. Aunque, como promedio, los mexicanos que emigran actualmente a Estados Unidos poseen un mayor nivel de educación que los emigrantes anteriores y que la población adulta de México, sí mantienen un nivel inferior al de la población estadounidense y al de toda la población inmigrante en Estados Unidos (Kochhar, 2005). Esta situación demuestra que las insuficiencias del sistema educacional mexicano, tienen repercusiones más allá de las fronteras nacionales.

Así, en el 2007, el 60% de los mexicanos mayores de 25 años tenían un nivel inferior a *high school*, en comparación con el 12,3% de los nativos y el 32% de toda la población

³ Cálculos de la autora a partir de Pew Hispanic Center, 2006.

nacida fuera de Estados Unidos. Mientras, sólo el 3,8% de los mexicanos eran graduados universitarios, frente al 17,6% de los estadounidenses y el 16,1% del total de inmigrantes (Pew Hispanic Center, 2008 a).

Sin embargo, el análisis estaría incompleto si no se advierte que las deficiencias de las políticas educativas en Estados Unidos también resultan determinantes para las desventajas educativas de los mexicanos y latinos en general. Son múltiples los ejemplos que demuestran que las desventajas educativas de los latinos se han ido acumulando y han sido mal atendidas. En general, las escuelas a las que asisten los estudiantes latinos están mal equipadas para compensar las disparidades económicas y sociales con las que ellos se insertan en este ambiente⁴. La mayoría de los latinos asisten a escuelas que tienen una matrícula superior al promedio nacional, lo que atenta directamente contra la calidad de la educación que reciben. Tienen más probabilidades de asistir a escuelas donde muchos de los profesores son inexpertos y sin certificación y donde existen pocos profesores bilingües certificados. Asimismo, se ha demostrado que los distritos escolares con una mayor concentración de estudiantes pertenecientes a estas minorías reciben mucho menos fondos que aquellos distritos con menor concentración⁵ (Kohler et al, 2007)

En correspondencia con su desfavorable nivel educativo, los mexicanos ocupan empleos en sectores con una demanda creciente de inmigrantes, pero estos empleos son, en su mayoría, de escasa calidad. O sea, los inmigrantes mexicanos tienen mayor probabilidad de tener trabajos temporales o contingentes (*contingent work arrangement*), muy común en la construcción y los servicios, lo que amenaza constantemente su estabilidad o permanencia en el empleo. Algo similar ocurre con el trabajo agrícola dado el carácter estacional de las producciones. Esto se corresponde con el hecho de que un alto porcentaje de mexicanos, principalmente las mujeres, sufra períodos de desempleo superiores a un mes, cada año (Kochhar, 2005).

La realidad de que la mayor parte de los trabajadores mexicanos en Estados Unidos sean indocumentados⁶ eleva su vulnerabilidad desde el punto de vista laboral. Ellos son más susceptibles que otros a aceptar empleos caracterizados por una alta variabilidad en los horarios de trabajo y la cantidad de días laborales por semana y meses, así como por una baja seguridad laboral. Asimismo, en el caso de los que poseen un mayor nivel de educación, su precaria situación legal afecta su capacidad para obtener un trabajo que se corresponda realmente con su calificación.

Además, aunque los ingresos que proveen tales empleos superan los ingresos que percibirían en México por un trabajo similar, estos resultan muy bajos en el contexto

⁴ Se refiere a las disparidades determinadas por el estatus migratorio y socioeconómico de los padres, el desconocimiento del sistema educativo, entre otras.

⁵ Esto sucede así en estados como New York, (la diferencia entre el distrito con menor concentración de minorías y el distrito con la mayor concentración es de 2636 dólares por estudiante), Texas (1167 dólares por estudiante), Illinois (1524 dólares por estudiante), Colorado (1032 dólares por estudiante), en los que hay una alta concentración de latinos. Esto significa que, en general, los estados no atienden adecuadamente en términos de fondos a aquellos distritos más necesitados por las condiciones sociales de sus estudiantes (Kohler et al, 2007).

⁶ La Oficina de Estadísticas sobre Inmigración (Office of Immigration Statistics) estima que hasta el 2007, residían 11,8 millones de mexicanos en Estados Unidos y de ellos 6,6 millones eran indocumentados.

estadounidense, especialmente en el caso de las mujeres y los inmigrantes más recientes. Según la encuesta de *Pew Hispanic Center* citada antes, en el 2005, el 50% de los inmigrantes mexicanos tenían ingresos semanales inferiores a los 300 dólares, lo que sitúa a muchos en la línea de pobreza o, incluso, por debajo de ella, especialmente aquellos con dos o más hijos.

Si se analiza el monto de ingresos semanales en las industrias que emplean a un mayor número de mexicanos, se observa que en la agricultura la proporción de los que ganan menos de 300 dólares por semana se eleva al 60%. Mientras que otras como el servicio doméstico, la limpieza y mantenimiento, la industria y la hotelería presentan cifras de 82%, 62%, 57% y 54% respectivamente. Una situación más favorable presenta la construcción, industria en la que el 71% de los mexicanos ingresa más de 300 dólares a la semana.

La anterior situación es consistente con la de los trabajadores latinos en general pues en el 2005, el 39,3% de los trabajadores latinos estaban empleados en puestos de bajos salarios, en comparación con un 33% para los afronorteamericanos y cerca de un 20% para los blancos (Economic Policy Institute, 2007).

Sin embargo, el hecho de que muchos mexicanos vivan en hogares donde más personas trabajan, podría constituir un paliativo a la probable pobreza a que los condena sus ingresos salariales. La misma encuesta también demostró que en la medida en que aumenta el tiempo de permanencia en el mercado de trabajo estadounidense, aumentan las habilidades para hablar inglés y se eleva el nivel de educación, el salario también tiende a aumentar.

Si se les compara con la población nativa y otros grupos de inmigrantes, los hogares mexicanos poseen los menores ingresos a juzgar por la mediana de este indicador. Como se puede observar en la Tabla 2, el punto medio de los ingresos de los hogares mexicanos es menor que el de los hogares de la población nativa en más de 14 mil dólares, mientras que la brecha que los separa del ingreso de todos los hogares de inmigrantes es superior a los 10 mil dólares. Para otros grupos de latinoamericanos la diferencia es bastante menor, siendo los caribeños los que tienen una situación más desfavorable. Otros como los provenientes del sur y este de Asia, el Medio Oriente y el resto de las nacionalidades presentan una situación incluso mejor que la de los estadounidenses.

Tabla 2. Mediana del ingreso de los hogares, 2007

	Mediana del Ingreso (dólares)
Nativos	50,595
Extranjeros	46,598
México	36,024
Sur y Este de Asia	65,774
Caribe	40,790
Centro América	42,095
América del Sur	49,786
Medio Oriente	56,161
Otros	52,619

Fuente: Pew Hispanic Center, 2008 a.

La situación de pobreza de la población mexicana en Estados Unidos refleja directamente sus bajos ingresos. En el año 2007, cerca de 2,5 millones de mexicanos vivían en la pobreza, lo que representa una tasa de 21,9%. Esta tasa es marcadamente superior a la de otros grupos de inmigrantes (Tabla 3). Entre los latinoamericanos, por ejemplo, la peor situación, después de la de los mexicanos, la presentan los caribeños y centroamericanos, con un 14,8% y un 15% de la población en situación de pobreza, respectivamente. Mientras, los inmigrantes del Cono Sur registraban un índice de 10,2%.

En comparación con la población nativa, la situación también es alarmante, pues la diferencia es cercana a los 10 puntos porcentuales. En este caso se debe destacar que la población afro norteamericana presenta también una problemática importante pues en ese año el Buró del Censo reportaba para esta minoría un índice de 24,5% (U.S. Census Bureau, 2008).

Tabla 3. Tasa de pobreza, 2007

	Menores de 18 años	Entre 18 y 64 años	Mayores de 65 años	Total
Nativos	17,3	10,3	8,3	12,0
Extranjeros	25,7	13,5	14,1	14,5
México	38,2	20,2	20,6	21,9
Sur y Este de Asia	13,9	8,8	12,3	9,6
Caribe	25,2	12,9	20,0	14,8
Centro América	25,7	14,3	14,0	15,0
América del Sur	16,3	9,3	13,6	10,2
Medio Oriente	36,3	13,5	13,5	15,0
Otros	16,3	8,8	11,1	9,9

Fuente: Pew Hispanic Center, 2008 a.

Para todos los grupos de edades, los mexicanos tienen los mayores niveles de pobreza. Sin embargo, destaca sensiblemente la población infantil, en la que cerca de 4 de cada 10 niños viven en la pobreza. Esta cifra más que duplica la de los niños nativos y supera en casi 13 puntos porcentuales la de todos los extranjeros residentes en Estados Unidos.

Acceso a programas públicos de beneficio social

Tradicionalmente, los programas públicos que proveen beneficios no monetarios (Medicaid, Medicare, sellos para alimentos, almuerzos escolares, subsidios para viviendas, etc.), han si una fuente fundamental de recursos adicionales para la población hispana en Estados Unidos. En general, los grupos de menores ingresos monetarios tienden a recibir una mayor proporción de tales beneficios. Sin embargo, otros elementos como la estructura del hogar, el estatus legal, el tiempo de permanencia en Estados Unidos y el estado donde residen, determinan la posibilidad de acceder a los programas públicos (Reimers, 2006).

Aunque los mexicanos constituyen el grupo de inmigrantes de menores ingresos y mayor tasa de pobreza, tienden a derivar una mayor parte de sus ingresos de su salario y menos de los beneficios públicos, pues tienen características que limitan su acceso a los mismos. Una gran parte de los inmigrantes mexicanos son indocumentados o temporales, por lo que

resultan inelegibles para acceder a estos programas. Cerca del 28% llegó a los Estados Unidos después del 2000 y todos aquellos inmigrantes que arribaron a Estados Unidos después de agosto de 1996, no pueden recibir beneficios basados en fondos federales hasta pasados por lo menos cinco años de su arribo⁷. Las familias mexicanas tienen una menor probabilidad de estar lideradas por mujeres y tienen más probabilidad de ser extendidas. En este caso, las mujeres solteras, al frente de una familia, tienen más probabilidades de ser elegidas para recibir beneficios de asistencia social (Reimers, 2006).

De esta forma, se estima que sólo el 30% de las familias de inmigrantes mexicanos se benefician de la Asistencia Social, ingresos suplementarios⁸, sellos para alimentos o el *Medicaid*, cifra que es entre 11 y 20 puntos porcentuales menor que la de los dominicanos y puertorriqueños⁹. La mayor parte de la ayuda recibida reviste la forma de Medicaid y sellos de comida, pues sólo entre el 4% y el 6% de los mexicanos de todas las generaciones reciben beneficios de la Asistencia Social, y sólo entre el 2 y el 5% reciben ingresos suplementarios (Reimers, 2006).

Adicionalmente, en los últimos años, el gobierno federal y los gobiernos estatales y locales han introducido cientos de nuevas leyes, regulaciones y procedimientos, aumentando la presión para disminuir los beneficios que reciben los latinos, principalmente los indocumentados. Además de la escalada en el número de deportados y las redadas en los puestos de trabajo, se incluyen entre las acciones, restricciones para acceder a licencias de conducción y otros servicios y beneficios públicos (Pew Hispanic Center, 2007 b).

Por otra parte, en el 2006, sólo el 5,3% de la población latina en Estados Unidos tenía 65 años o más. Sin embargo, en el 2050 la proporción ascenderá al 18%, por lo que el análisis de las condiciones socioeconómicas que este segmento poblacional enfrenta adquiere especial importancia para develar sus posibles condiciones en el futuro.

El tipo de empleos al que tienen acceso la mayoría de los trabajadores latinos, generalmente carece de beneficios muy importantes como la cobertura de salud o planes de pensiones facilitados por el empleador. Además, para los latinos, la participación en planes de pensiones ha disminuido constantemente desde 1987 y en el 2005, constituían el grupo poblacional de menor cobertura para este tipo de plan, con un 25,3%, en comparación con un 46,6% para los blancos y un 39,5% para la población afronorteamericana (Fry, et al, 2005).

Por tal razón, los hogares latinos encabezados por personas mayores de 65 años suelen ser muy dependientes de los ingresos provenientes de los programas públicos de transferencias como el Seguro Social, pues carecen de otras fuentes de ingresos como planes de retiro de una empresa, un sindicato o activos financieros de largo plazo. Por ejemplo, los ingresos

⁷ Sin embargo, algunos estados proveen ayudas para los inmigrantes recientes a partir de sus propios fondos y los requisitos de elegibilidad, así como los beneficios, son diferentes en cada Estado.

⁸ Se refiere a *Supplemental Security Income*.

⁹ El contraste entre mexicanos y puertorriqueños y dominicanos, refleja la prevalencia de familias encabezadas por mujeres solteras en el caso de estos últimos y el hecho de que en el Noreste estadounidense, donde hay una mayor concentración de puertorriqueños y dominicanos los programas de beneficio público son más generosos que en las regiones donde reside la mayoría de los mexicanos (Reimers, 2006).

provenientes del Seguro Social constituyen el 76% del ingreso de los beneficiarios latinos, en comparación con el 63% de los ingresos de los beneficiarios blancos (Fry, et al, 2005).

Sin embargo, los hispanos constituyen el grupo que con menor proporción recibe estos beneficios: el 75% de los latinos mayores de 65 años, frente al 91% de los blancos y el 85% de los afronorteamericanos (Fry, et al, 2005). Esto responde a que una gran parte de los latinos en edad de retiro estuvieron parte de sus vidas como trabajadores no autorizados y no pudieron obtener un número de Seguridad Social a su nombre. Además, algunos no cumplen con alguno de los requisitos necesarios, como el haber ingresado una cantidad determinada y que esta haya estado cubierta por la Seguridad Social por al menos 10 años.

Por otra parte, aquellos que califican para acceder a la Seguridad Social, obtienen bajos montos de ingreso como promedio, debido a los bajos ingresos que han recibido durante su vida laboral. Así, en el 2003, los latinos recibían 8.497 dólares como promedio anual, frente a 10.621 dólares para la población blanca y 8.828 dólares para la población afronorteamericana (Fry, et al, 2005).

La desfavorable situación de los ancianos latinos en relación con sus ingresos determina que se registren entre ellos altas tasas de pobreza, superiores a las de los ancianos nativos con una tasa de 9% en el 2006. Los mexicanos presentan nuevamente la peor situación con un 22,8% de los ancianos viviendo en la pobreza. Entre los caribeños, la cifra asciende a 21,5%, mientras que para los centroamericanos y suramericanos las cifras son de 15,7% y 15,9%, respectivamente (Tabla 3).

Los mexicanos de segunda generación: subsistencia de rezagos

Los hijos de los inmigrantes de Europa, Canadá o Australia, son un grupo particularmente viejo, casi el 60% tiene más de 50 años. Sin embargo, para el resto de las nacionalidades, la segunda generación está compuesta predominantemente por jóvenes. En el caso de los latinos, por ejemplo cerca del 54% de la segunda generación tiene menos de 20 años de edad. Entre los hijos de inmigrantes con 10 años o menos, los hijos de mexicanos constituyen con creces el mayor grupo, representando un 37% de un total de 5,7 millones de niños.

Por tal razón, resultan ser las instituciones educativas las que están asumiendo los efectos de esta oleada de niños y adolescentes de origen extranjero, muchas veces sin las condiciones mínimas necesarias para ello. Así, resulta casi obligado iniciar el análisis con una mirada al desempeño educativo de la segunda generación de mexicanos, desempeño que tendrá un significado esencial para su desempeño futuro en el mercado laboral estadounidense. (Waldinger, et al, 2006).

Entre los adolescentes mexicanos entre 16 y 20 años, el 64% asistían a la escuela en el año 2000, mientras que entre los jóvenes entre 21 y 25 años, la cifra era de 24,4%. Ambos registros resultaban ser mejores que los de los jóvenes mexicanos de primera generación, pero eran los menores entre todos los jóvenes de segunda generación de

todas las nacionalidades¹⁰ (Waldinger, et al, 2006). Esto sugiere una alta probabilidad de que en su edad adulta este segmento poblacional, aunque en una mejor situación que los mexicanos nacidos en su país de origen, mantenga importantes rezagos en su nivel educativo y, con ello, en sus niveles de ingresos y otros indicadores socioeconómicos.

En efecto, en el 2004, el 16,9% la población mexicana de segunda generación en edad adulta (entre 25 y 65 años) tenía un nivel menor que *high school*, lo que resulta alentador en comparación con el 58% que no poseía este nivel en 1970. Sin embargo, es aún una cifra alta frente al 2,9% de los descendientes de canadienses, europeos y australianos, el 3,6% de los asiáticos y el 2,4% entre el resto de los latinoamericanos de segunda generación que no alcanzan el nivel de *high school* (Waldinger, et al, 2006).

En el caso de la educación universitaria, el rezago también resulta notable pues sólo el 14,1% de los mexicanos de esa generación tenían ese nivel de educación, frente al 42,6% de los blancos, el 57,4% de los asiáticos y el 41,3% del resto de los latinos. Sin embargo, es aún más preocupante el hecho de que la brecha que separa este grupo de mexicanos de la población blanca es de 17,6 puntos porcentuales, aún más amplia que en 1970, cuando la diferencia era de 8,6 puntos (Waldinger, et al, 2006).

En la sociedad norteamericana actual se ha hecho aún más fuerte la correlación entre el nivel de educación y el nivel de ingresos, lo que limita la movilidad de las personas con más bajo nivel educativo. No es sorprendente entonces que los hombres mexicanos de primera generación ingresen sólo la mitad de lo que ingresan los hombres blancos, mientras que los de segunda generación, con una mejor situación, también presentan rezagos, con ingresos ascendentes al 76% de los de la población blanca. Al mismo tiempo, las mexicanas de segunda generación, también con relativamente bajos ingresos, registran una brecha menor con respecto a las mujeres blancas.

Es posible evaluar la calidad de los empleos a los que puede acceder la segunda generación de mexicanos en Estados Unidos, a partir de su participación en seguros de salud y cobertura de pensión provistos por los empleadores. Mientras que sólo un tercio de los inmigrantes mexicanos hombres reciben algún tipo de cobertura de salud, algo más de la mitad de sus contrapartes de segunda generación lo hacen. Si bien, esto representa un avance significativo, aún representa un importante retraso en comparación con los hombres blancos y los europeos/canadienses y asiáticos de segunda generación, dos tercios de los cuales están cubiertos por sus empleadores (Waldinger, et al, 2006).

En el caso de las mujeres, las mexicanas de segunda generación son las únicas cuyas tasas de cobertura son menores que las de las mujeres blancas. Sin embargo, su tasa es el doble de la tasa de las mexicanas inmigrantes, debido sobre todo a que estas últimas se emplean principalmente en el servicio doméstico u otros trabajos similares, que no proveen este tipo de beneficios (Waldinger, et al, 2006).

Sólo 2 de cada 10 hombres y mujeres mexicanos de primera generación, están acogidos a planes de pensión de su empleador, con lo que presentan las menores tasas de cobertura entre todos los grupos. La situación mejora significativamente para los

¹⁰ Se hace referencia a la segunda generación de Canadá/ Europa/ Australia, Asia y de otros países de América.

mexicanos de segunda generación con 4 de cada 10 cubiertos. Sin embargo, esta tasa sigue siendo la menor en comparación con otros grupos de segunda generación, los blancos y los afronorteamericanos (Waldinger, et al, 2006).

En definitiva, es posible afirmar que los mexicanos inmigrantes y los de segunda generación constituyen grupos con características socioeconómicas diferenciadas a partir de sus diferentes desempeños en términos educativos, laborales y, en general, de inserción en la sociedad norteamericana. Sin embargo, ambos comparten, aunque con diferentes grados de profundidad, el rezago con respecto al grupo mayoritario.

III- Estados Unidos: condiciones para la persistencia de desventajas

La situación a todas luces desventajosa, que se ha descrito antes, no es sólo el resultado del estatus indocumentado, la baja calificación y la concentración geográfica de una gran parte de los mexicanos en Estados Unidos. Es esencial también el hecho de que este inmigrante se inserta en una sociedad que ha sufrido importantes transformaciones estructurales, como respuesta a la crisis de acumulación que sufrió el sistema capitalista desde fines de los sesenta. Es Estados Unidos una sociedad en la cual las políticas socioeconómicas también se han transformado, bajo una lógica neoliberal, privilegiando la eficacia económica sobre la solidaridad social (Castillo, 2007).

Lo anterior implica que, por más de treinta años, en la economía norteamericana se han desarrollado mecanismos de inclusión y exclusión, que han determinado un drástico reforzamiento de la desigualdad social (Canales, 2007). Estos mecanismos condicionan, por tanto, el afianzamiento de la disparidad socioeconómica de los latinos y en específico, de los mexicanos, con respecto al grupo mayoritario.

Dichos mecanismos de inclusión y exclusión social están asociados a la consolidación de importantes cambios en la estructura tecno- productiva del país. Así, ante el deterioro del funcionamiento económico capitalista, emergieron nuevas condiciones técnicas con el fin de aumentar la productividad, redefiniendo así las relaciones capital- trabajo y logrando mejores posibilidades competitivas para el capital privado.

Específicamente en el sector manufacturero, los avances tecnológicos han favorecido nuevas formas de funcionamiento económico, a partir de la creación cada vez mayor de empleos de ensamblaje. Estos empleos, de baja calificación y bajos ingresos, consistentes en la realización de tareas simples y repetitivas, pasan a ser cubiertos precisamente por trabajadores inmigrantes, pues la fuerza laboral nativa resulta expulsada por tal nivel de degradación (Canales, 2007).

En estas industrias, se ubica precisamente una porción significativa de los inmigrantes mexicanos, los cuales se ven expuestos también al importante deterioro que han sufrido los salarios manufactureros en los últimos decenios. Los mismos han fungido como una de las principales variables de ajuste del capital privado, ante fenómenos propios de la globalización de la economía mundial, como la competencia de las importaciones, los procesos de relocalización en el exterior y la subcontratación.

El acelerado crecimiento del sector de servicios, principalmente los servicios personales, también ha generado empleos de bajos salarios, manuales y nada atractivos para los nativos. Estos últimos se emplean principalmente en el sector terciario, pero en puestos altamente calificados, sustentados en las tecnologías de la información, situados por tanto, en “el núcleo y la cúspide de la nueva estructura ocupacional” (Canales, 2007). Así, la segmentación del mercado laboral condiciona una diferenciación social notable entre trabajadores nativos e inmigrantes.

Asimismo, la disminución de los costos laborales necesaria para garantizar la reproducción del capital, se ha logrado también a partir de la configuración de un régimen laboral basado en la flexibilidad y la desregulación (Canales, 2007). Se han multiplicado los empleos temporales o a tiempo parcial por lo que en el año 2005, el 30% de la fuerza de trabajo tenía un empleo de este tipo, casi siempre asociado a baja calificación, inestabilidad, menores salarios y menores niveles de beneficios como vacaciones, pensiones y seguros de salud (Economic Policy Institute, 2007).

El dominio casi absoluto del capital sobre el trabajo que se observa en la actualidad, ha tenido mucho que ver también con el debilitamiento de instituciones como los sindicatos. En Estados Unidos, desde los ochenta, ha disminuido constantemente el número de trabajadores protegidos por un sindicato o por un acuerdo de negociación colectiva. Si en 1979, el 25% de los trabajadores asalariados eran miembros de un sindicato, ya en el 2007, sólo el 12% mantenían este estatus. En ese contexto, los trabajadores latinos registran la menor tasa de sindicalización, con un 9,8%, en comparación con 11,8% para los blancos y 14,3% para los afroamericanos (BLS, 2008).

Se ha estimado que los hispanos sindicalizados ganan un 22% más que los que no lo están (Economic Policy Institute, 2007). Esto significa que la baja tasa de sindicalización condena a la mayoría de los latinos a recibir bajos salarios, a no estar cubiertos por seguros de salud y planes de pensiones provistos por el empleador y, en general, a tener menores posibilidades de proteger sus derechos laborales.

En efecto, el deterioro de beneficios como planes de pensiones y seguros de salud, se manifiesta con especial nitidez en aquellas ocupaciones a las que tienen acceso la mayoría de los trabajadores latinos y, en específico, los mexicanos. Desde 1979, la cobertura con este tipo de planes ha disminuido con más celeridad, para los latinos, que para los afroamericanos y blancos (Economic Policy Institute, 2007).

Otro elemento, que muestra el deterioro del mercado laboral estadounidense es el nivel de salario mínimo real, que había descendido considerablemente desde su más alto punto a fines de los sesenta. En el 2003, se estimaba que este indicador presentaba un valor 22,9% menor que en 1967 y alcanzaba a ser sólo el 34% de lo que ganaba un trabajador promedio por hora. Como es fácil suponer, los hispanos y otras minorías están sobre representados entre los trabajadores que ganan el nivel de salario mínimo.

Este indicador había permanecido estancado en 5,15 dólares por hora entre 1997 y 2007, siendo este su período más largo de estancamiento desde que se estableció en 1938. Asimismo, varios estudios habían demostrado que ese nivel de salario mínimo mantenía a

muchas familias bajo la línea de pobreza (Fox, 2007). En el año 2007, el presidente George W. Bush firmó una legislación para aumentar el salario mínimo, lo cual se haría efectivo en tres pasos, en los años 2007, 2008 y 2009, hasta llevarlo de 5,15 dólares por hora a 7,25 dólares por hora en el último año.

Por otra parte, como se refería al inicio del epígrafe, se observa un drástico aumento de la desigualdad social en Estados Unidos. Como consecuencia de la fuerte ofensiva del capital sobre el trabajo que ha implicado la reestructuración capitalista, las ganancias de productividad han recaído desproporcionadamente sobre el capital y sus propietarios. Por tal razón, el fuerte crecimiento de la productividad en el último decenio se ha dado en combinación con un aumento muy moderado de los salarios y una expansión extraordinaria de las ganancias de las empresas, con crecimientos de más de dos dígitos en los últimos 5 años. Por ejemplo, en el 2004, la productividad del trabajo se expandió en un 3%, pero el ingreso del 90% más pobre sólo lo hizo en 1,4% mientras que para el 1% más rico aumentó en un 27,5% (Mishel, et al, 2006).

En definitiva, los mexicanos están emigrando a una sociedad en la que la desigualdad de ingresos ha alcanzado en la actualidad niveles sorprendentes, sólo comparables con los existentes cuando la Gran Crisis de 1929, e incluso, superiores a los del resto de los países industrializados. Así, en el 2004, el 5% más rico recibió el 21% de todo el ingreso, mientras que las familias del 40% más pobre de la población, recibió menos del 14% (Economic Policy Institute, 2007).

Por otra parte, se ha demostrado que la capacidad de la economía norteamericana para generar empleos de calidad ha disminuido entre un 25 y 30% en los últimos 25 años (Economic Policy Institute, 2007). Este hecho, en combinación con la creciente concentración de los ingresos, ha dado lugar a un aumento de la pobreza. Así, en el período expansivo registrado entre 2000 y 2005, el número de pobres aumentó en un 17%. Los mexicanos inmigrantes se insertan entonces en un entorno en el que las tasas de pobreza general, pobreza infantil y pobreza del adulto mayor, aumentan a pesar de que la economía crece. Además, estas tasas no son sólo las mayores del mundo industrializado, sino que la pobreza resulta más profunda y más difícil de superar.

La degradación de las condiciones sociales en Estados Unidos, responden asimismo a la pronunciada debilidad de la red pública de protección social. Como parte de los ajustes en el patrón de funcionamiento del capitalismo norteamericano, se ha constatado un paulatino desmantelamiento de las instituciones del Estado de Bienestar, heredadas de la etapa del New Deal, de Franklin D. Roosevelt. Se han degradado los servicios sociales esenciales, se han desmantelado muchas agencias gubernamentales para aliviar la pobreza, se han reducido diversos programas educacionales, de salud, así como el presupuesto para empresas sociales que ofrecen servicios comunitarios subsidiados. Los gastos públicos dedicados a estos propósitos se han reducido, mientras se han elevado los gastos de defensa y de seguridad nacional.

Sin dudas, la orientación que ha tomado la política impositiva del gobierno en los niveles federal, estatal y local, durante los últimos treinta años, ha impulsado de forma definitiva el aumento de la desigualdad de ingresos. De manera general, los impuestos se han vuelto más

regresivos, lo que significa que las familias de mayores ingresos vieron disminuir sus erogaciones por este concepto, en relación con los de las familias de menores ingresos. Por ejemplo, entre 1979 y el 2000, la tasa impositiva efectiva a nivel federal¹¹ disminuyó sólo 1,6 y 1,9 puntos porcentuales para los hogares en el primer quintil de menores ingresos y el quintil medio, respectivamente. Sin embargo, para el 1% más rico de los hogares, la tasa impositiva disminuyó en casi 4 puntos porcentuales en igual período (Economic Policy Institute, 2005).

A partir de los cambios en la política de impuestos introducidos por la administración Bush entre el 2001 y el 2003, la regresividad de la política fiscal se ha acentuado. Aunque la tasa impositiva efectiva disminuyó para todos los grupos de ingresos, lo hizo más acentuadamente para los hogares más ricos. Para las familias en el quintil más bajo de ingresos disminuyó medio punto porcentual, para las familias en el centro de la distribución de ingresos lo hizo en 1,5 puntos, mientras que cayó en 5 puntos porcentuales para el 1% de las familias más ricas del país. Esto significa que el quintil más bajo ahorró 61 dólares en impuestos y las del quintil medio 586 dólares. En cambio, las familias más ricas lograron un ahorro extraordinario de 66.601 dólares (Economic Policy Institute, 2005).

De esta forma, los sectores más vulnerables de la población estadounidense se han visto seriamente afectados por la ofensiva del capital privado y las políticas conservadoras del Estado, acentuándose su vulnerabilidad y desprotección. En este contexto general, las minorías enfrentan las peores condiciones y los inmigrantes mexicanos resultan ser especialmente vulnerables en un entorno caracterizado por la precariedad del mercado laboral, la exacerbación de la disparidad social y la pobreza, así como por la debilidad de los mecanismos de protección social. De tal forma, sus oportunidades de progreso resultan muy limitadas, a partir del carácter subordinado de su inserción social.

A los factores estructurales antes mencionados, habría que agregar procesos históricos vinculados con la discriminación étnica- racial, el estatus subordinado impuesto a las minorías étnicas, entre otros, que conforman un cuadro de desventajas difícil de superar para los latinos que decidan vivir en Estados Unidos.

Breves comentarios sobre la crisis económica actual y el impacto en las comunidades de latinos en Estados Unidos

Desde el año 2007, la economía estadounidense afronta una significativa inestabilidad financiera, asociada a la contracción del mercado inmobiliario. Ya se ha confirmado que tal evento ha desencadenado la peor crisis económica desde la Gran Depresión de los años treinta. Tradicionalmente, la comunidad latina en Estados Unidos se ha caracterizado por su vulnerabilidad ante el comportamiento cíclico de la economía. Recientemente, la recesión del 2001, había demostrado cuan sensibles resultan los indicadores sociales de las minorías a los cambios en las condiciones económicas.

Hasta el momento, los latinos han sido más fuertemente afectados por el creciente desempleo, que ningún otro grupo poblacional, lo que se puede atribuir a que una gran

¹¹ Se refiere a los pagos de impuestos federales, como proporción del ingreso de los hogares.

parte de ellos trabaja en los dos sectores más golpeados por la crisis: la construcción y la industria ligera. Esta situación encuentra un reflejo directo en el decrecimiento de los ingresos de los hogares de inmigrantes latinos no nacionalizados. En ese grupo, la mediana del ingreso anual cayó en un 7,5% entre el 2006 y el 2007, mientras que para el total de los hogares estadounidenses se registró un incremento de 1,3% (Kochhar,2008).

Entre los hogares latinos, los más afectados han sido los que arribaron a Estados Unidos más recientemente, los que no poseen educación de *high school* y la gran mayoría empleada en la construcción, la producción y los servicios. En particular los inmigrantes de México experimentaron una pérdida del 6,2% de sus ingresos (Kochhar,2008).

Adicionalmente, tal y como ha sucedido en otros episodios recesivos, se ha elevado el sentimiento anti-inmigrante. Esto se constata en encuestas realizadas que demuestran que muchos latinos han tenido problemas para encontrar trabajo o mantenerlo, así como para encontrar una vivienda, teniendo como causa principal su etnicidad (López, et al, 2008).

Se han incrementado notablemente las redadas en los puestos de trabajo, las persecuciones criminales de inmigrantes indocumentados que trabajan sin autorización y las deportaciones. Entre las principales redadas realizadas recientemente se pueden mencionar la realizada en *Pilgrim's Pride*, en la que se detuvieron más de trescientos inmigrantes en cinco estados, la de *AgriProcessors* en Postville, Iowa, también con más de trescientas detenciones y la de *Howard Industries* con cerca de 600 detenidos (López, et al, 2008).

A modo de conclusión

Se ha podido constatar que el inmigrante mexicano, expulsado por el fracaso de las políticas neoliberales en México, constituye un componente importante en el mercado de trabajo de la economía norteamericana. En esta ocupa empleos precarios que no pueden ser cubiertos por la fuerza laboral nativa, constituyendo entonces una minoría especialmente vulnerable y que enfrenta múltiples dificultades para lograr su ascenso socioeconómico en la economía receptora.

Si al deterioro estructural que ha sufrido el sistema social norteamericano a partir del ascenso de las fuerzas más conservadoras al poder desde fines de los setenta, se le agrega la agudeza de la crisis que se cierne sobre Estados Unidos, todo parece indicar que se observará un reforzamiento de las condiciones de vulnerabilidad y subordinación que sufren los latinos y, en especial la extensa comunidad de mexicanos. A más largo plazo, quedaría por ver si las posibles salidas de la crisis que implementará la nueva administración de Barak Obama implicarán una relativa recuperación de las instituciones y beneficios del Estado de Bienestar norteamericano y con ello, un relativo alivio de las tensiones socioeconómicas de los sectores más desfavorecidos o si, por el contrario, el ajuste significará un endurecimiento de la ofensiva del capital sobre el trabajo y una mayor concentración de los beneficios a escala social.

Bibliografía

- Bureau of Labor Statistics (BLS), *Union Members in 2007*, January 2008, www.bls.gov/cps
- Canales, Alejandro I., "Incluidos y segregados. La inserción laboral de los inmigrantes latinoamericanos en Estados Unidos", en *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, Marco A. Gandásegui, coord., Siglo XXI Editores. CLACSO, México, 2007.
- Castillo, Dídimo, "Hegemonía y modelo laboral de Estados Unidos", en *Crisis de hegemonía de Estados Unidos*, Marco A. Gandásegui, Coord., Siglo XXI Editores. CLACSO, México, 2007.
- Economic Policy Institute, *Facts and Figures*, 2007, www.epi.org
- Fox Liana, *Minimum wage increasingly lags poverty line*, Economic Snapshot, Economic Policy Institute, 2007, <http://www.epi.org>
- Fry, Richard, Kochhar, Rakesh, Passel, Jeffrey, Suro, Roberto, *Hispanics and the Social Security Debate*, Pew Hispanics Center, March 16. 2005.
- Jacoby, Tamar, "Immigration Nation", *Foreign Affairs*, [November/December 2006](http://www.foreignaffairs.org/2006/11/20061120066.html), <http://www.foreignaffairs.org/2006/11/20061120066.html>
- Kochhar, Rakesh, "The Economic Transition to America", *Survey of Mexican Migrants*, Part III, Pew Hispanic Center, 2005, <http://pewhispanic.org>.
- Kochhar, Rakesh, *Sharp Decline in Income for Non-Citizen Immigrant Households, 2006-2007*, Pew Hispanic Center, October 2, 2008, Washington, D.C.
- Kohler, Adriana D., Lazarín, Melissa, *Hispanic Education in the United States*, Statistical Brief No. 8, National Council of La Raza, 2007.
- López, Mark Hugo, Susan Minushkin, *2008 National Survey of Latinos: Hispanics See Their Situation in the U.S. Deteriorating; Oppose Key Immigration Enforcement Measures*. Washington, DC: Pew Hispanic Center, September 2008.
- Mishel, Lawrence, Bernstein, Jared & Allegretto, Sylvia, *The State of Working America 2006/2007*, Economic Policy Institute, N.Y. ILR Press, 2006.
- Novelo U., Federico: "Situación actual y perspectivas de la migración México-Estados Unidos" en *Observatorio de la Economía Latinoamericana*, N° 28, julio 2004, <http://www.eumed.net/cursecon/ecolat/mx/>
- Pew Hispanic Center, *Statistical Portrait of the Foreign-Born Population in the United States*, 2008 a, <http://pewhispanic.org>
- Pew Hispanic Center, *National Survey of Latinos: As Illegal Immigration Issue Heats Up, Hispanics Feel a Chill*, 2007 b, <http://pewhispanic.org/files/reports/84.pdf>
- Portes, Alejandro, "Undocumented Immigration and the International System: Lessons from Recent Legal Mexican Immigrants to the U.S", *Mexican Immigrant Worker in the US*, Antonio Ríos- Bustamante Edit., Chicano Studies Research Center Publications, University of California L.A, 1981.
- Reimers, Cordelia, "Economic Well- being", *Hispanics and the Future of America*, 2006, <http://www.nap.edu/catalog/11539.html>
- U.S. Census Bureau, *Household Income Rises, Poverty Rate Unchanged, Number of Uninsured Down*, August 26, 2008, http://www.census.gov/Press-Release/www/releases/archives/income_wealth/012528.html
- Waldinger, Roger, Renee Reichi, *Second Generation Mexicans: Getting Ahead or Falling Behind?*, University of California Los Angeles, March 2006, <http://www.migrationinformation.org/Feature/display.cfm?ID382>